

mar respecto de vd.; pero ahora que el Emperador de México ha tomado las riendas del gobierno, á él toca decidir lo que deba hacerse; ya le envié la carta que vd. me escribió.

“Ruégole, general, que reciba los sentimientos de mi estimación, etc.

NAPOLEÓN.”

Tan benévolo procedimientos no fueron parte para apaciguar la cólera de este perpetuo candidato á la presidencia de México, de este inveterado enemigo de Francia. Habiendo mantenido Maximiliano la medida de expulsión dictada contra él, volvió los ojos á los Estados Unidos y ya que no obtuviera su intervención activa, como lo solicitaba, contribuyó por lo menos á hacer que el gabinete de Washington asumiera esa actitud conminatoria ante la cual aparentó ceder el gobierno francés cuando retiró sus tropas y abandonó su obra.

CAPITULO VIII

Pacificación del país.—El general Uraga.—Don Juan Alvarez.—Los resguardos.—La legión extranjera.—Cartas del Emperador y del mariscal Randon (31 de marzo de 1864).—El banco de México.—El instituto.—Aprehensiones del ministro de la guerra (29 de febrero, 15 de abril, 1º de mayo de 1864).—Temores respecto de los Estados Unidos.—Exitos militares.

A despecho de dificultades y de oposiciones, la obra de la pacificación del país continuaba cumpliéndose. En tanto que nuestras columnas expedicionarias daban caza á los últimos conjuntos armados, la masa de la población, tanto por necesidad como por gusto, por ser más amante del reposo que de la política, se aprestaba á recibir al nuevo gobierno. Ya no se soportaba ese estado de perpetua guerra y cualquiera que fuese aquel que viniera á ponerle término, podía estar seguro de ser bien acogido.

La perspectiva de más calmados tiempos iba produciendo sus efectos: el comercio recomenzaba, la confianza renacía y adhesiones más significativas que las primeras daban muestras de las tendencias más favorables de gran número de mexicanos. Entre éstas deben citarse la de Núñez, exministro de Hacienda de Juárez, la de Díaz Mirón, exgobernador del Estado de Veracruz:

además, la familia de Doblado había vuelto á Guajuato.

A mayor abundamiento, en el mes de marzo, uno de los principales jefes juaristas, el general José López Uruga envió al general Bazaine un emisario encargado de las primeras insinuaciones. El comandante en jefe se apoderó con avidez de este pretexto para entrar en relaciones con ese disidente y dirigió esta respuesta al general Uruga:

“Parece vd. hoy día—decíale—ó desesperado de la causa que sostiene, ó fatigado con las deplorables luchas que desolan su patria. Su patriotismo le aconseja resignarse á los hechos consumados y le invita á no seguir tomando parte en una lucha fratricida.

“Cualquiera que sea, general, el partido que vd. tome, cualquiera que sea el deseo que vd. manifieste, vd. encontrará siempre en mí un adversario leal ó un apoyo seguro. Su elevada razón le hará comprender sin dificultad que, entré vd. y yo, no pueden existir sino relaciones perfectamente definidas: *debemos estar juntos, ó el uno contra el otro.*

“Si vd. desea volver á la vida privada, lo que por vd. y por su país yo lamentaría, le garantizaré los derechos que ha adquirido con sus prolongados y honorables servicios, y vd. podrá retirarse á las islas de las Tres Marías, como parece desearlo, ó á donde mejor le convenga.

“Si, por el contrario—y permítame vd. que se lo aconseje—vd. toma el partido de seguir sir-

viendo á su país, sabré hacerle conservar la posición que se le debe, en la que aún está llamado á prestar eminentes servicios.

“Formule vd., pues, francamente, su pensamiento, general: entre hermanos de armas, siempre se acaba por entenderse, cuando la franqueza se encuentra al servicio de un gran carácter y de un noble valor personal.”

Esta manera de halagar á su enemigo, elevándole hasta su propia altura, y colocando sobre un pie de igualdad al general mexicano y al comandante en jefe del cuerpo expedicionario, impresionó vivamente al general Uruga. El resultado fué que á la llegada de Maximiliano, ese jefe, con toda su tropa, se adhirió al imperio y aceptó el puesto de consejero de Estado.

Durante ese tiempo, la organización del país proseguía activamente bajo la influencia del general Bazaine. Preocupábale entonces el aseguramiento de la tranquilidad de las poblaciones y de los campos, por medio de una creación análoga á nuestra gendarmería. Era ello tanto más interesante, cuanto que, en ciertas provincias y principalmente en el Estado de Guadalajara, los prefectos políticos trataban de establecer, so pretexto de conservar el orden público, verdaderos ejércitos pequeños.

El comandante en jefe dirigió al general Almonte (23 de marzo de 1864) un reglamento para la organización de esas guardias, que deberían llevar el nombre de “Resguardos.” Se habían tomado precauciones para que esas tropas no pu-

dieran convertirse en un peligro. No se les daban ni arsenales ni estados mayores.

Al lado de esas fuerzas puramente municipales, se trataba de crear un ejército nacional. El futuro imperio no podía carecer de él y la ocupación francesa no debía de ser eterna, puesto que la creación del nuevo gobierno tenía por objeto principal el permitirnos retirarnos con honor.

¿Dónde se tomarían los jefes y los soldados de este ejército? Si entre los mexicanos y los indios, tanto equivaldría recomenzar el pasado y todo indicaba que los viejos hábitos de pronunciamientos y rebeliones se renovarían con aquellos mismos elementos de desorden y de indisciplina. El gobierno francés se había fijado al principio en el pensamiento de constituir la base y el núcleo de este ejército con la ayuda de una fuerte legión extranjera y había encargado al general Bazaine que estudiara los medios apropiados para crearla y organizarla.

A fines de febrero, el comandante en jefe transmitió su proyecto al Emperador: era un proyecto prudente y práctico.

Entre tanto, á pesar de la prisa que al principio mostrara, el gobierno francés no apresuró su ejecución. He aquí, al respeto, lo que escribía al general Bazaine el ministro de la guerra (31 de marzo):

“No hay oportunidad para acelerar esta organización, cuyo desarrollo sucesivo se hallará en relación con la repatriación de nuestras tropas. Me limito á decirle que el conjunto de su proyec-

to responde á las intenciones del Emperador y que Vd. recibirá, cuando sea tiempo, los decretos concernientes.”

¿No era ese el efecto de las noticias venidas de Miramar, á propósito de los incidentes cuya relación se encontrará algunas páginas adelante?

El Emperador debió, momentaneamente, modificar su primera idea: envió al general Bazaine la autorización para componer la legión extranjera con indios; pero prohibió que en élla fuera recibido ningún soldado francés.

En ese momento había corrido el rumor de que Maximiliano rehusaba. Este rumor era falso. Una carta del ministro de la Guerra, que al margen llevaba por nota las palabras *muy confidencial*, informaba de ello al comandante en jefe:

“Los periódicos y las cartas particulares habrán podido esparcir la noticia de que el archiduque Maximiliano, en seguida de algunas discusiones de familia, habría abandonado la intención de dirigirse á México: *no crea vd. nada de eso*. Su partida de Miramar podrá diferirse por algún tiempo; pero su resolución no ha cambiado.

“La obra de la regeneración de México es muy grande y el éxito de nuestras armas y los esfuerzos de toda clase que Francia ha hecho, la han preparado muy bien, para que el príncipe no tenga á honor el emprenderla y el responder así al voto de esas poblaciones tan largamente trastornadas por las revoluciones.

“El primer correo le llevará la confirmación de todo lo que ahora le digo; importa que Vd. no

descuide nada para destruir el mal efecto que no dejaría de producir, entre los hombres todavía hostiles, una duda acerca de las resoluciones del archiduque.

“Reciba Vd., mi querido general, etc.—Mariscal RANDON.”

Encontramos en la correspondencia secreta del Emperador un eco de estos incidentes:

“Mi querido general:

“No le escribo sino para felicitarle por la feliz y brillante campaña que ha realizado Vd.; espero que ella producirá sus frutos.

“Apruebo ampliamente su conducta militar y política; y si, como el archiduque tiene la intención de hacerlo, sigue los consejos de Vd., no dudo de su éxito.

“El archiduque ha sido retenido en Viena por algunas dificultades, pero pienso que se embarcará alrededor del 10 de abril. Se propone pasar por Roma y quizás por Madrid, de manera que no podrá llegar sino hasta el mes de junio; lo lamento mucho á causa de la fiebre amarilla.

“Algo me preocupa la parte meridional del país, que costará trabajo pacificar; quisiera que, á ser posible, no emplease Vd. para ello sino indios.

“El ministro le ha dicho cuáles son nuestros proyectos para la repatriación de las tropas; pero como lo esencial consiste en no comprometer nuestra obra, será preciso que, si Vd. lo juzga ne-

cesario, no vacile en conservar más tropas con Vd.

“Diga á los oficiales y soldados que aprecio mucho su conducta. Espero poder pronto nombrar general de división á Castagny.

“Reciba, mi querido general, la seguridad de mi sincera amistad.—NAPOLEÓN. — 31 de marzo de 1864.”

Síntoma bueno era la confianza que parecían tener ya los europeos en el porvenir de México, bajo el cetro de Maximiliano.

En enero de 1864, una compañía franco inglesa, impulsada por los señores E. Gudin, Shepard y Charles Bright, se había formado para obtener la autorización de construir á sus expensas una gran línea de ferrocarril que comunicara á México directamente con el puerto de Tampico. Napoleón III, á quien se dirigió esta compañía, se apresuró á someter al general en jefe el proyecto de concesión. El general lo aprobó y expresó el deseo de que los trabajos comenzaran inmediatamente. Esta segunda vía de comunicación entre México y el Atlántico era en efecto de primordial interés, tanto para el desarrollo del comercio entre México y Europa, como para la rapidez y facilidad de los movimientos de nuestras tropas. Pero, como era natural, la concesión definitiva se sometió al conocimiento del futuro Emperador. El debía de rehusarla, siguiendo consejos tal vez desinteresados, pero seguramente poco felices.

Un grupo de banqueros de París, compuesto

de los señores Hottinguer, Finlay Hodgson, Pillet - Wil, Mallet hermanos, Seilliere, Marquard, André, Armand y Michel Heine, habían solicitado del gobierno provisional, desde fines de 1863, autorización y privilegio para establecer, con el título de Banco de México, un gran establecimiento de descuento, de circulación y de depósito, colocado bajo la vigilancia y la protección inmediata del gobierno. El señor Michel Heine, en persona, vino á México para estudiar la situación de la plaza, las necesidades financieras del país y discutir los estatutos de este banco de Estado.

Después de tres meses de negociaciones, la *Gaceta Oficial* del 30 de enero de 1864, publicó el decreto de concesión. Pero también en ésta, como en las concesiones análogas, se insertó un artículo final que establecía que el privilegio acordado no produciría efectos, sino hasta que lo ratificara el Emperador de México.

Felizmente no era necesaria la misma sanción para una medida de orden público que se hacía más y más urgente: la prohibición de los juegos de azar, tales como el monte y la ruleta, que originaban tantas víctimas, lo mismo entre la población mexicana que entre nuestros soldados. El general Bazaine adoptó medidas severas y laudables á este respecto.

Napoleón es siempre el modelo de los conquistadores: su prontitud para organizar fué mayor que su rapidez para vencer y la imaginación popular ha quedado impresionada con las instituciones que se esforzó en dar á Egipto, durante

el tiempo que nuestras armas, bajo su dirección, sometieron á nuestra influencia ese país rico á la vez que desolado, en el que los hombres, por su ineptitud y por su indiferencia, parecen complacerse en esterilizar los tesoros de su suelo.

Pero Napoleón no se contentó con dar á Egipto una administración capaz de mejorar su situación material; quiso también que la ciencia aprovechara su conquista y creó un instituto compuesto de los hombres eminentes que le habían seguido.

El general Bazaine pensó en prohijar en México esa idea feliz y con la ayuda de dos hombres igualmente notables, los señores Doutrelaine, coronel de ingenieros del cuerpo expedicionario, y don José Salazar Ilarregui, subsecretario de estado y de obras públicas del gobierno mexicano, llevó á cabo su proyecto.

Consideramos de nuestro deber citar aquí á la mayor parte de los franceses que fueron considerados dignos de ser miembros de este Instituto: casi todos ellos han demostrado más tarde que la elección fué feliz.

Eran, sin contar al coronel Doutrelaine, presidente general de la comisión y á algunas notabilidades mexicanas, los coroneles Boyer y de la Jaille; el señor intendente Friant; el señor Louet, pagador en jefe; el señor Laur, ingeniero de minas; el señor de Morineau, canciller de la legación de Francia; los doctores Erhmann, Claudel, Coindet, Hounau, médicos del ejército; el comandante Vasse, los capitanes Berge, de Miribel, de La-

hitolle, Mercier, Brunet, del arma de artillería; los capitanes Rousselle, Warnet y Vosseur, del estado mayor, etc.

Los trabajos de la comisión fueron organizados en una sesión solemne, á la que asistió el general en jefe, acompañado del general Almonte, á quien cedió la presidencia de honor.

Mientras que México, guiado por una mano firme y sometido á una hábil dirección, se preparaba de ese modo á acoger á su nuevo soberano, los políticos se preguntaban cuál sería la situación de los dos jefes que pronto habrían de hallarse el uno en presencia del otro. ¿Quién tendría en sus manos la realidad del poder y de la fuerza, el Emperador, que tendría la autoridad nominal y el prestigio de la corona, ó el comandante en jefe del cuerpo expedicionario?

Esta perspectiva no dejaba de causar serias aprensiones al ministro de la Guerra, porque, en resolución, no se trataba sólo de la persona del general Bazaine, sino de la dignidad de Francia, de que éste no era más que el representante.

“Una cuestión que me preocupa anticipadamente, escribía el 29 de febrero el mariscal Randon al general Bazaine, es la de saber si convendrá que Vd. tenga el mando directo y superior del ejército mexicano, ó si será preciso sólomente establecer el principio de que doquiera que, ya sea en estación ó en movimiento, formen los dos ejércitos parte de una misma expedición al interior de México ú ocupen guarniciones comunes, el mando deberá ser atribuido al jefe del

cuerpo francés. A mi juicio, no habría sino ventajas en que el mando directo del ejército mexicano perteneciera á Vd., y esto, en interés de la organización misma de ese ejército, porque permitiría á Vd. ocuparse sin cesar en todo lo referente á su instrucción y disciplina.”

El 15 de abril, insistía sobre este mismo tema:

“Es entendido que Vd. conservará el mando de las tropas y que recibirá siempre de Francia las instrucciones relativas al ejército francés. Sin embargo, habrá circunstancias en las cuales no podrá Vd. dejar de acceder á los deseos expresados por el emperador Maximiliano. Es imposible trazar exactamente los límites en que deben moverse las dos autoridades: esta es cuestión de tacto, asunto de conveniencia que dejo enteramente á la apreciación de Vd. y que sin duda Vd. sabrá resolver con satisfacción de todos. Estoy seguro de que Vd. no permitirá que en sus manos mengüe la autoridad del comandante y la dignidad de la bandera francesa, al mismo tiempo que Vd. sabrá dar á la situación lo que ella exija.”

Y, por el correo de 1º de mayo, cual si comprendiese con mayor claridad cuán falsa iba á ser por fuerza la situación de nuestro jefe militar, cuán delicada y cuán preñada de peligros para la buena inteligencia de los dos poderes coexistentes, insistía por tercera vez sobre el mismo asunto:

“Me preocupa la posición en que va Vd. á encontrarse, en el momento en que el nuevo soberano tome las riendas del gobierno de México. Hago sinceros votos para que él considere con

seriedad los hechos consumados; para que no escuche los consejos interesados que no dejarán de producirse en torno suyo; para que no permita que los intereses personales, que en México son tan activos, estrechen y pongan obstáculo á la marcha de su gobierno. No me extiendo más sobre este tema, porque no quiero cargar el porvenir con preocupaciones que sabrá prevenir la prudencia del emperador Maximiliano.

“El Emperador descansa de un modo absoluto en el tacto de Vd., en su abnegación por los intereses de la causa que hemos ido á defender á México y espera que Vd. conducirá hábilmente su nave, sabiendo—cual un experto piloto—cómo conviene dirigirla *cuando se navega en medio de arrecifes.*”

.....“Terminaré diciéndole que el Emperador de México está muy bien dispuesto respecto de Vd., que hace plena y brillante justicia á los servicios que Vd. ha prestado y sigue prestando diariamente; y que ese buen concepto, que lo es también de nuestro Emperador, debe ser para Vd. un premio por lo pasado y un estímulo para el porvenir.”

Esa era, sin duda, el punto negro, y el porvenir se encargaría de dar la razón á los presentimientos del mariscal Randon.

Y no era sólo esto: había otra causa de inquietud, más grave todavía, si esto era posible. ¿Qué actitud tomaría el gabinete de Washington, respecto del emperador Maximiliano?

La política de los Estados Unidos se encuen-

tra por tal manera indicada, que, á pesar del cambio de personas, ella se prosigue con lógica inflexible. Pueden cambiar presidentes y ministros: la dirección no cambia nunca. En todas las memorias estaban grabadas las palabras que pronunció el presidente Buchanan ante el congreso en 1859: «México es un navío que va á la deriva «sobre el Océano, gobernado sólomente por las «pasiones de los partidos contrarios que allí se «disputan el poder: ¿no debe el gobierno de los «Estados Unidos, á fuer de buen vecino, tenderle una mano amiga para guiarlo? Si nosotros no «lo hacemos, es de creerse que otros serán quienes lo hagan y que, en definitiva, nos veremos «obligados á intervenir en condiciones menos ventajosas.»

El gabinete de las Tullerías no perdía de vista ese peligro. Había encargado á M. de Geofroy, representante de Francia en Washington, que sondease las intenciones y siguiese los proyectos de Mr. Seward. He aquí lo que, en el mes de abril, escribía á París nuestro ministro:

“El gobierno de los Estados Unidos no quiere, por el momento, solicitar *exequatur* para sus cónsules en México, ni lo quiere recibir. Si el gobierno mexicano requiere á sus agentes para que lo acepten ó se retiren, les prescribe que se retiren, sin darse por eso por ofendido: en una palabra, quiere abstenerse en lo absoluto y esperar.”

“Ahora, si el gobierno del emperador Maximiliano condesciende en tolerar á esos cónsules bajo

el nombre de agentes comerciales, los Estados Unidos se darán por satisfechos; y en cuanto á mí, yo no dejaré de hacer valer ante Mr. Seward esa concesión que, llegado el momento, debería acarrear alguna otra de su parte."

Esta actitud no tenía nada de tranquilizador para el nuevo gobierno, y—sobre todo, en vista de la resistencia de Juárez—ofrecía más de un peligro, molesto por el momento, amenazador para el porvenir. Hubiera, sin duda, producido profunda y desagradable impresión en los ánimos, si la fortuna, cuidadosa de hacerse perdonar sus pasados rigores y sus futuras traiciones, no hubiera dado á nuestras armas algunos éxitos gloriosos, que distrajeron de los temores y los sofocaron momentaneamente bajo el estrépito de la victoria.

Ya era en abril, el coronel Dupin, quien, á la cabeza de su contra guerrilla, aniquilaba la banda de Carbajal; ya el comandante de Courcy, que derrotaba la tropa de Sandoval; ya el coronel de Preuil, que ponía en fuga á seiscientos jinetes enemigos, con sólo un escuadrón del 12.º de cazadores.

Ya era en mayo, el coronel de Potier, quien arrebatava la población fortificada de Nochistlán á los disidentes; ya el coronel Aymard, quien, disimulando hábilmente sus fuerzas, acudía de improviso al socorro del general Mejía, atacado por Doblado con sus seis mil hombres, é infligía á éste tal derrota, que apenas le permitía escapar, con lo que, fastidiado de la lucha, no pensó éste más

que en realizar su inmensa fortuna para retirarse á los Estados Unidos.

En presencia de tales éxitos, pareció menos grave el que la cámara de representantes de esos mismos Estados Unidos, que servían de refugio á los derrotados, afirmase, sin temor y por unanimidad, su oposición al reconocimiento del imperio mexicano. Se acariciaba la esperanza de que el gobierno de Maximiliano tendría tiempo para instalarse y afirmarse antes de que su temible vecino hubiera recobrado su libertad de acción en el exterior.

Luego, se había avanzado mucho para que fuese posible retroceder; y se iba hacia el imperio como se había ido hacia la intervención, como se había ido hacia la guerra. Era preciso salir de una inextricable situación, y cada uno veía en la llegada del Archiduque, por lo menos una solución momentánea. Los votos recogidos permitían hacerse ilusiones acerca del sentimiento popular, así como la forzada calma que precede á todo cambio, permitía hacerse ilusiones acerca del estado del país.

En realidad, no estaba arreglada ninguna de las cuestiones pendientes: la más gorda, la cuestión religiosa, subsistía íntegramente. Se reservaba al futuro emperador el trabajo de resolver esas cuestiones insolubles.

No tardaría en vérsese en la obra, porque su partida de Europa estaba anunciada oficialmente.